
5. La resurrección de los muertos

El cristiano profesa: «Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro»¹. Muchos creen en una vida después de la muerte; mucho más difícil es la fe en la resurrección de los muertos. Jesús, *el iniciador de la fe* (Heb 12, 2), creía en ella (Mt 22, 23-32 par). San Pablo sitúa la resurrección de los muertos en el centro de su mensaje: anuncia a Jesús resucitado y declara también que su evangelio es el de la resurrección de los muertos². A sus ojos, la resurrección de Jesús es, ella sola, la de los muertos³. Esta es la

1. Símbolo niceno-constantinopolitano. Queremos señalar un documento publicado por la Comisión teológica internacional, *Algunas cuestiones actuales concernientes a la escatología*. Cf. Doc. Cath. 2069 (1993) 309-326. Buscando una opinión teológica reciente y bastante extendida (cf. *infra*, nota 31), la Comisión, fiel a la Escritura y a la tradición, quiere que se sitúe la resurrección de los muertos al final de los tiempos. El lector constatará que el presente capítulo está totalmente de acuerdo con esta enseñanza. Pero el documento se expresa según una antropología, la del «alma separada», que no parece corresponder con el pensamiento bíblico. Buscamos comprender la resurrección de los muertos en la fidelidad al modo de pensar de la Biblia, siendo la Escritura «como el alma de la teología» (*Dei Verbum*, 24).

2. Rom 1, 4, cf. *supra*, cap. 1, nota 13; Hech 23, 6; 24, 15.21.

3. En Rom 1, 4 es llamada *la resurrección de los muertos*.

consecuencia necesaria, contenida en la resurrección de Cristo: «Dios que ha resucitado al Señor, nos resucitará también a nosotros con su poder»⁴. Negar la de los muertos es negar la de Cristo: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó» (1 Cor 15, 13). Según esto, negar la de Jesús es reducir a nada el evangelio de la salvación: «Y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido... seguís con vuestros pecados» (1 Cor 15, 17).

El hombre, una persona inmortal

La creencia en una vida de ultratumba supone una cierta visión del hombre. La filosofía griega basaba esta creencia en la distinción de dos sustancias de las que estaría compuesto el hombre: una material y, por tanto, corruptible, el cuerpo; y otra inmaterial, por tanto incorruptible, el alma. Esta no es afectada por la muerte, sobrevive, libre del cuerpo, en el que había estado prisionera. Una inmortalidad así es natural al hombre, no requiere ninguna intervención de Dios. La creencia en la resurrección está fuera de esta concepción del hombre.

La Escritura tiene una visión diferente. A sus ojos el hombre constituye un todo indisociable⁵. Muere totalmente, pero Dios, dueño de la vida y de la muerte, resucita a *los que sean juzgados dignos de la vida* del más-allá (cf. Lc 20, 35). Jesús responde a los saduceos que negaban la resurrec-

4. 1 Cor 6, 14; Rom 8, 11; 2 Cor 4, 14.

5. La Escritura llega a hablar «de alma y de cuerpo», pero en un sentido diferente al del lenguaje de la filosofía griega. El alma no designa una sustancia espiritual diferente, sino al hombre en su profundidad: «El alma corresponde a nuestro yo-mismo, como el corazón y la carne, pero con un matiz de interioridad y de fuerza vital», X. Léon-Dufour, *Alma*, en *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona ¹³1985, 68-71.

ción: «El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob... no es un Dios de muertos sino de vivos; porque para él todos están vivos» (Lc 20, 37-38).

Dios entró en diálogo con estos hombres: «Israel, mi siervo, Jacob, mi elegido, descendencia de Abrahán mi amigo»⁶. Los ha hecho copartícipes de una alianza de la que nunca renegará. Viven por él, aunque sometidos a la ley de la muerte.

Jesús es rotundo con respecto a sus discípulos: vivirán y vivirán resucitados, porque son sus discípulos: «Esta es la voluntad de mi Padre: que no se pierda ninguno de los que él me ha dado, sino que los resucite en el último día» (Jn 6, 39). Lo que fundamenta su inmortalidad no es un elemento del compuesto humano, un alma inmaterial, sino la relación personal con Dios en Jesucristo: (Mis ovejas) «no perecerán jamás, nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrancarlas de la mano de mi Padre» (Jn 10, 28s). El hombre está abocado a la muerte. Sin embargo, es inmortal por su divina resurrección. «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre» (Jn 11, 25s). No morirá, no porque una parte inmaterial de su ser escape a la muerte, sino porque es discípulo de aquel que es la resurrección.

La afirmación paulina tiene el mismo sentido. El creyente existe y vive en Cristo: «Sois en Cristo Jesús» (1 Cor 1, 30), «es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20). Una vida así no se diluye en la nada: «En la vida y en la muerte somos del Señor» (Rom 14, 8). De ahí la extrañeza ante la negativa de creer en la resurrección: «¡Y los que murieron con Cristo, se han perdido!» (1 Cor 15, 18). Esto es imposible, porque

6. Is 41, 8; cf. 2 Crón 20, 7; Sant 2, 23: (Abrahán) «fue llamado amigo de Dios».

Cristo «murió y resucitó para ser Señor de vivos y muertos» (Rom 14, 9). La inmortalidad es efecto de una alianza y, tiene «un carácter dialogal»⁷. Dios hace del hombre una persona, un ser que pone en relación consigo. El ama a esta criatura. Ahora bien, «amar a un ser, es decir: ¡tú no morirás!»⁸.

El fundamento de la inmortalidad no está pues en un alma inmaterial sino en la persona humana que Dios llama a él. Más profundamente, es en Cristo, en quien y hacia quien el hombre es creado (Col 1, 16), con él está llamado a vivir (1 Cor 1, 9). Jesús era mortal, pero es una persona divinamente filial. En la muerte, «Dios lo ha resucitado según lo que dice el salmo 2: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 33). «No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio» (Hech 2, 24), pues ella no podía impedir a Dios ser el Padre que engendra a su Hijo. La inmortalidad de Jesús está en la relación personal que le une a su Padre. Ese es también el fundamento de la inmortalidad del hombre.

El hombre, una persona corporal

La muerte alcanza al hombre no sólo en un elemento de su ser, en su cuerpo corruptible, sin afectar al alma inmaterial que, intacta, atravesaría la muerte: el hombre en su totalidad es sometido a la ley de la muerte. No solamente tiene un cuerpo, él es cuerpo, *es una persona corporal*. Porque es una persona, Dios le concede vivir para él pasando por

7. J. Ratzinger, *La mort et l'au-delà*, Paris 1979, 172: «La idea cristiana de la inmortalidad procede esencialmente de la noción de Dios: tiene un carácter dialogal». Cf. *ibid.*, 168-174.

8. G. Marcel, *Le mystère de l'être II. Foi et réalité*, Paris 1951, 154. Cf. J.-M. Aubert, *Et après... vie ou néant?*, Paris 1991, 112.

la muerte; porque es una persona corporal le hace vivir corporalmente a través de la muerte: le resucita.

El hombre sobrevive a la muerte gracias a Dios que le llama a la vida. Según Jesús, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob sería «un Dios de muertos y no de vivos», si no hubiera resurrección (Mt 22, 32 par). Así es también la respuesta de Pablo a las dudas de los corintios: si los muertos no resucitan, entonces «los que murieron con Cristo, se han perdido» (1 Cor 15, 18) totalmente. Habrán aceptado muchas renunciaciones, habrán puesto su esperanza en la vida eterna; si no resucitan, han sido engañados: «Si nuestra esperanza en Cristo acaba en esta vida (terrestre), *somos los hombres más desgraciados*» (1 Cor 15, 19; cf. 30-32).

Así pues, está ausente del pensamiento de Jesús y de Pablo una supervivencia en tanto que alma separada: para ellos, la vida del más-allá es la de la resurrección⁹.

Según la Biblia el hombre es un ser corporal, esencialmente. Es una persona, es decir, un ser en-sí y en-relación, pero una persona corporal: justamente existe en él mismo y en relación con Dios, con los otros y con el mundo, a través de su cuerpo. Transformándose en un alma separada, inmaterial, cambiaría de naturaleza, dejaría de ser verdaderamente la persona humana que ha sido¹⁰, para adoptar el estatus de un ser angélico.

9. La afirmación de que el hombre muere totalmente y sobrevive por la resurrección no tiene nada en común con la opinión actual de la predicación protestante, según la cual el hombre cae en la nada por la muerte y resurge por la resurrección al final de los tiempos. Esta opinión se contradice con diversos textos de la Escritura y es contraria a la tradición católica.

10. Los teólogos que afirman una supervivencia bajo forma de alma inmaterial separada, lo saben y dicen que el alma separada, por ser la de un hombre, aspira por su naturaleza misma a reencotrar el cuerpo en la resurrección final. Pero admitiendo un estado de alma separada, deben reconocer con santo Tomás de Aquino, que este alma no es la persona que

Ciertamente se puede hablar de un «cuerpo» y de un «alma» —«proclama mi alma la grandeza del Señor» (Lc 1, 46)— pero a la manera de la Biblia en la que el cuerpo designa a todo el hombre, mientras que el alma designa, no una parte del «compuesto humano», inmaterial y aislable, sino al hombre en su profundidad, donde es más él mismo. «Cuerpo y alma», las dos palabras hablan del hombre; «el alma» expresa con más precisión lo que «constituye lo más recóndito de su naturaleza humana»¹¹.

El hombre es creado en Cristo y subsiste en él (Col 1, 16s) que es un ser corporal y, como tal, es la imagen visible de Dios (Col 1, 15). La plenitud de la divinidad habita corporalmente en este Cristo (Col 2, 9). La buena noticia es la resurrección de Jesús (Hech 13, 32s); atañe a los seres corporales, y es el anuncio de *la resurrección de los muertos* (Rom 1, 4). El triunfo de Cristo sobre el mal es una victoria sobre la muerte (1 Cor 15, 26), esta muerte que golpea a los seres corporales. Estos pertenecen desde aquí al cuerpo de Cristo (1 Cor 6, 12-20), se alimentan del pan eucarístico, sacramento del cuerpo de Cristo, y son salvados de la muerte: «Este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera» (Jn 6, 50). El hombre se salva entrando en co-

fue tal hombre en la tierra: «Anima mea non est ego», «mi alma no es idéntica a mí mismo», *Super Ep. s. Pauli lectura* I, 411, Torino 1953. «Anima Petri non est Petrus», *Summa Theologica* II-II, q. 83, a. 11, ad. 5. «El alma no es más que una parte del hombre... Así, ni la definición ni el nombre de persona le convienen», *Summa Theologica* I, q. 29, a. 1, ad. 5. Se podría pues hablar de un «medio-hombre», cf. el documento de la Comisión teológica internacional, p. 317. El santo del cielo sería pues un ser deficiente con respecto a su existencia terrestre. Cf. referente a estas cuestiones los excelentes artículos de Aug. Schmied, *Theologie der Gegenwart* 23 (1980) 50-55; 27 (1984) 221-230; 29 (1986) 238-245.

11. Cf. J. Ratzinger, *La mort et l'au-delà*, 170. J. M. Aubert, *Et après... vie ou néant?*, 152: «El alma... en la doctrina católica clásica, designa el yo profundo, fuente de las decisiones y de la responsabilidad».

muni3n con la resurrecci3n de Jes3s: «...Hab3is resucitado con 3l» (Col 2, 12), «por pura gracia est3is salvados; nos ha resucitado con Cristo Jes3s» (Ef 2, 5s). Seg3n esto, la resurrecci3n de Jes3s es corporal. A trav3s de sus a3os terrestres, el creyente lleva ya una vida de resurrecci3n que encontrar3 su fin en la resurrecci3n final (Rom 6, 3-10).

En todas estas afirmaciones, se presenta al hombre como un ser corporal, santificado como tal en Cristo.

Aunque abocado a la muerte, permanece inmortal en tanto que ser corporal, porque lleva en s3 el germen de su resurrecci3n corporal. No se distinguira pues en 3l un cuerpo corruptible abocado a la muerte y una sustancia espiritual destinada a sobrevivir bajo la forma de alma separada. Se reconocer3 m3s bien en 3l, un m3s-ac3 aparente y un m3s-all3 profundo. El hombre muere como ser corporal y sobrevive como ser corporal, de otra manera. La muerte le despoja de lo que acertadamente se llama «el despojo terrestre» y, sin aniquilarle, le confiere de parte de Dios una nueva forma de existir como persona corporal. Esta transformaci3n es iniciada ya desde ahora: «Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de d3a en d3a» (2 Cor 4, 16).

«Quiz3s podr3amos decir que la muerte es para nosotros lo que para la oruga o la cris3lida es convertirse en mariposa. La mariposa es distinta de la cris3lida, es la misma pero transformada ya que s3lo abandon3 el capullo... Esto no es m3s que una met3fora: en la muda del insecto, una forma sensible sucede a otra forma sensible, mientras que en el caso del hombre muerto y resucitado, desaparece toda forma sensible¹².

12. P. Masset, *Immortalit3 de l'3me, r3surrection des corps, approches philosophiques*: NRT 105 (1983) 337. El autor remite a M. Blondel, *La philosophie et l'Esprit chr3tien I*, Paris 1994, 285.

En el mundo lleno de misterio, «el hombre ese desconocido»¹³ es sin duda el misterio más grande, él que, más que ninguna criatura ha sido formado a imagen del Dios de los misterios¹⁴. Se comprende a partir del más-allá de este mundo, a partir del cual y hacia el cual es creado: Cristo, imagen de Dios por excelencia (Col 1, 15). *Se comprende a partir de su futuro*, es decir, de su resurrección futura en Jesucristo¹⁵. Las raíces están en el hombre nuevo, Cristo resucitado, del que comienza a vivir ya aquí, para llegar a ser plenamente un hombre nuevo (Ef 4, 24), por la comunión con Cristo resucitado. Su futuro revela lo que empieza a ser: «Es en su vocación divina como el hombre aprende a conocerse a sí mismo»¹⁶. Comienza a ser este *cuero espiritual* que llegará a ser en la resurrección final (1 Cor 15, 45), donde aparecerá como un ser corporal plenamente personalizado¹⁷.

La acción creadora de Dios actúa en la continuidad y no a tirones: la resurrección final no será una novedad absoluta sino la cima de la creación hacia la que el hombre fue creado desde el principio. Por su llamada creadora es una persona corporal destinada a llegar a serlo en plenitud. El cristiano sabe que gracias al bautismo se integra con toda

13. Según el título del libro de Alexis Carrel.

14. «Dios... hizo al hombre a su imagen. El hombre, como dice la tradición cristiana, está hecho a imagen de Dios incomprensible por el fondo incomprensible de sí mismo». H. de Lubac, *Sur les chemins de Dieu*, Paris 1983, 13. Cf. P. Valadier, *Dieu présent. Une entrée dans la théologie du cardinal de Lubac*: RSR 80 (1992) 345-358.

15. Se puede evocar aquí esta intuición de Novalis, *Blütenstaub*, 18. *Petits Ecrits*, Paris 1947, 37: «¿Como comprenderá un hombre algo cuyo germen no lleve en sí? Lo que estoy destinado a comprender debe desarrollarse orgánicamente en mí».

16. H. de Lubac, *Las Iglesias particulares en la Iglesia universal*, Salamanca 1974, 221.

17. Cf. *infra*, 61-62.

su profundidad en el mundo de la resurrección. Pero esta vida gloriosa está todavía oculta con Cristo hasta el día de la manifestación de Cristo (Col 3, 3s). Comulgando en el cuerpo de Cristo, se hace desde ahora *un solo espíritu con él*, es decir, un cuerpo espiritual (1 Cor 16, 16s). Aunque en sus apariencias terrenales —su más-acá— el hombre esté abocado a la muerte, san Ireneo dice que el cuerpo del cristiano es incorruptible: «Lo mismo que el pan que procede de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, ya no es un pan corriente sino la eucaristía, constituida por dos elementos, uno de la tierra y otro celeste; lo mismo nuestros cuerpos, que participan de la eucaristía ya no son corruptibles, puesto que tienen la esperanza de la resurrección»¹⁸. El cristiano ya es cuerpo incorruptible, *cuerpo espiritual* (1 Cor 15, 42-44), en la profundidad de su ser.

La semilla de la resurrección está sembrada en él, él es semilla de resurrección-en-la-muerte. La semilla toma fuerza durante su vida terrestre hasta el día en que el grano estalle en su plenitud, por el poder de la resurrección de Jesús (Flp 3, 21). Pues el cristiano vive en Cristo (Gál 2, 20), que es la semilla universal de la resurrección-en-la-muerte.

¿Quién sondeará el misterio del hombre, ese desconocido? Los padres dan la vida al hijo según las leyes biológicas, pero es Dios quien le personaliza. Por llamada creadora, él le hace una persona corporal destinada a la eterna vida filial¹⁹. La muerte le implica por entero pero no le aniquila: «La vida no termina, se transforma»²⁰. Ya que el hombre

18. *Adv. haer.* 4, 18, 5. Según Ignacio de Antioquía, la eucaristía es «remedio de inmortalidad, antídoto para no morir» (*IgnEf* 20, 2).

19. La Iglesia enseña que es Dios quien crea el «alma» del niño. Cf. DS 190, 360, 685, 3896. Pero esta «alma» no se puede comprender al estilo de Platón, como una sustancia inmaterial que la muerte liberaría de su envoltura corporal.

20. Prefacio de la liturgia de difuntos.

está destinado desde la creación a vivir en la comunión de Cristo resucitado²¹.

Resucitados en y con Cristo

San Pablo da a la glorificación de Jesús el nombre de resurrección de los muertos (Rom 1, 4)²². Su resurrección no es solamente la primera etapa de una historia que se terminaría en la resurrección final: es esta misma resurrección, la intervención decisiva y final en favor de los hombres. No tendrá que añadirse nada más que la multitud de los que serán asumidos en esta única acción resucitadora: se beneficiarán de ésta en su comunión con Cristo al que el Padre resucita. La resurrección de Jesús es plenitud final y fuente universal: «Es en Cristo en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad, y por él, habéis obtenido vuestra plenitud» (Col 2, 9s). Jesús es en persona la resurrección: «Yo soy la resurrección»²³ (Jn 11, 25).

Dios se reviste de todo su poder en favor de la humanidad en la resurrección de su Hijo; parece imposible que haga una obra tan grandiosa, ya que la resurrección de Jesús es el misterio del eterno engendramiento, realizado en el mundo —«Yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 33)—, misterio de plenitud divina (Col 2, 9), en el que Dios es Dios.

21. R. Guardini, *Les fins dernières*, Paris 1951, 101s: «Cuando en el momento de la muerte, el alma se separa del cuerpo, no se despoja, simplemente, de todo lo que hace relación al cuerpo, rechazándolo fuera de sí. No se convierte en un ángel, sino que permanece un alma de hombre, y como tal lleva el cuerpo en sí misma.

22. Cf. cap. 1, nota 13.

23. Esta fe se expresa en el relato de Mt 27, 52s, según el cual «los santos» salen de las tumbas cuando Jesús muere y resucita. Este texto es de naturaleza teológica. Sería incoherente, parece, si hubiera que comprenderlo como un testimonio histórico: ¡«los santos» resucitan en el momento de la muerte de Jesús, y salen de la tumba después de su resurrección!

Su acción resucitadora no la reitera Dios infinitamente: engendra a su Unico en la gloria y reúne a la multitud en el hoy eterno del único engendramiento. Jesús es Hijo-de-Dios-por-nosotros, *resucitado por nosotros* (2 Cor 5, 15), nuestro en su resurrección, nuestro en su filiación. Los hombres resucitan hijos de Dios *por la fuerza de su resurrección* (Flp 3, 10), que les está destinada.

La resurrección de los muertos es pues la obra de Dios en su paternidad con respecto a Jesús. Es la obra del Espíritu en cuyo poder el Padre engendra a su Hijo: «Vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu...» (Rom 8, 11). Forma parte del misterio filial que, en la pascua de Jesús, llega a su cumbre y se extiende por el mundo: «Aguardamos la plena condición de hijos, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8, 23).

¡Misteriosa resurrección de los muertos! No es sólo efecto de una omnipotencia capaz de resucitar muertos: es una obra trinitaria, el efecto del poder paternal de Dios en su Hijo, el misterio filial de Jesús propagándose por la humanidad, por la acción del Espíritu santo en el que el Padre engendra a su Hijo e incorpora a los hombre en él (cf. 1 Cor 12, 13).

Una resurrección progresiva

Cuando se entiende al hombre como un ser compuesto de dos sustancias separables, una material y corruptible, otra espiritual e inmortal, la resurrección de los muertos es el esfuerzo de una acción divina que no interviene más que al final de los tiempos, sin preparación y sin antecedente.

Además la muerte se presenta como una realidad puramente negativa: una rotura del compuesto humano, que no deja subsistir más que a uno de los dos elementos, rotura que Dios reparará al final de los tiempos. La muerte com-

prendida así no sería, pues, más que un mal. No tendría relación con la resurrección, y sin semejanza con la muerte glorificadora de Jesús, de la que él dijo que muere para resucitar: «Yo doy mi vida para recobrarla de nuevo» (Jn 10, 17).

Después de su nacimiento, Jesús está destinado a la resurrección: por su nacimiento es a la vez mortal e Hijo de Dios por la fuerza del Espíritu (Lc 1, 35). Su ser es ascensional: sube al Padre, que le engendrará hasta la plenitud filial (Hech 13, 33) por la fuerza del Espíritu (Rom 8, 11). «Todo trabajaba para su resurrección»²⁴.

La resurrección de los muertos es la cumbre de la larga subida de la humanidad hacia la salvación. La muerte, lejos de no ser más que un mal, juega un papel positivo en el plan de Dios tal como se revela en la pascua de Jesús: está al servicio de la resurrección, destinada a introducir a todo el hombre en su más-allá.

La resurrección está inscrita en la naturaleza del hombre tanto como la muerte. Como la muerte, tiene su origen en la creación de este ser corporal que es la persona humana, a la vez abocada a la muerte y destinada a vivir para siempre junto a Dios.

En efecto, Dios es esencialmente el Padre del Unico, él crea en la relación con el Hijo²⁵, entra en alianza de paternidad y de filiación con los hombres. El hombre que Dios crea mortal no está destinado a perecer, porque un padre engendra para hacer vivir. Si es creado mortal, es con vistas a una vida eterna, parecida al grano de trigo que revive en la muerte, parecida a la de Cristo que muere para resucitar. El creador desde el origen «no es un Dios de muertos sino de vivos» (Mc 12, 27), el Dios de la resurrección del hombre mortal. Para este ser-para-la-muerte que es el hombre,

24. San Agustín, *Sermo Guelferb.* XII, éd. G. Morin, p. 479.

25. Jn 1, 3; 1 Cor 8, 6; Col 1, 15-17.

la entrada en la existencia es, según el designio creador, el principio de su devenir filial, el comienzo de su resurrección, junto con Cristo. *La creación es la obra de la salvación en su comienzo, la primera fase de la resurrección final*²⁶.

El bautismo es una etapa del proceso de resurrección en la muerte. No santifica a un alma inmaterial²⁷, sino al hombre en su totalidad, con «el cuerpo lavado en agua pura» (Heb 10, 22). El creyente comienza desde entonces a formar un solo cuerpo con Cristo en su resurrección (Col 2, 12), está en camino hacia la resurrección final (Rom 6, 3-10). A los ojos de san Pablo, el bautismo es la anticipación de la justificación final, de esta justificación que se concluye en la resurrección de los muertos²⁸.

La eucaristía es pan de resurrección. Mientras que el bautismo es un agua que purifica al hombre hasta su ser más profundo, la eucaristía le alimenta en esta misma profundidad. El que come este pan *no morirá* (Jn 6, 50): se ha inaugurado ya, más allá de las apariencias, la vida de resucitados. El Espíritu santo, que se nos confiere ya en esta vida (Rom 5, 5), es el poder divino del engendramiento, en el que Jesús resucita (Rom 8, 11) a su plenitud filial. Desde ese momento el hombre está animado por la fuerza de la resu-

26. La teología ya no recurre a la separación, efectuada a menudo en otro tiempo, de una obra de creación realizada fuera de Cristo, malograda por Adán, y de una obra de reparación realizada por Cristo. La obra de Dios es una, de creación y de redención a la vez. Ya el antiguo testamento (sobre todo Isaías) considera el acto creador como obra de salvación. Según el nuevo testamento el mundo es creado en el Hijo y en vista a la salvación que está en él. Permítaseme remitir a mi obra *Nuestro Padre, Dios en su misterio*, Salamanca ²1992.

27. A propósito de 1 Pe 1, 22: *Habéis purificado vuestras almas*, la TOB (Traducción Ecuménica de la Biblia) anota: «Alma, en el sentido bíblico tradicional del ser viviente, el hombre total».

28. Cf. *infra*, 69-70.

resurrección (Rom 8, 11). El Espíritu que le habita no es solamente una prenda que garantiza la resurrección futura, es *el anticipo de la liberación final* (Ef 1, 14), *de la redención del cuerpo* (Rom 8, 23). La promesa de la resurrección es segura porque nos son dadas *las arras del Espíritu*²⁹, *el Espíritu de vida* (Rom 8, 2) está en acción, la resurrección en marcha.

La resurrección de los muertos «no es, pues, un acontecimiento súbito. No es como si hasta la muerte, el hombre no fuera más que terrestre, y pasase de un salto, cuando vuelva el Señor, a un orden espiritual y celeste... Es en el bautismo donde nace el hombre nuevo, y desde ese momento vive, aunque velado todavía por el hombre viejo, en lo íntimo del creyente³⁰. La resurrección de Jesús se propaga, progresa en los creyentes; «produce en ellos un inmenso e incalculable tesoro de gloria» (2 Cor 4, 17), en la simultaneidad de una decadencia y de un crecimiento: «Aunque nuestra condición física se vaya desmoronando, nuestro interior se renueva de día en día» (2 Cor 4, 16); va «de gloria en gloria, transfigurado por el Señor» (2 Cor 3, 18), hasta el día «en que aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también nosotros apareceremos, juntamente con él, en gloria» (cf. Col 3, 4). Ya desde la tierra, el creyente participa de la riqueza de la resurrección futura, como el fruto porta su semilla. La semilla se desprenderá en el momento de la muerte: «Lo que tú siembras no recibe vida si antes no muere» (1 Cor 15, 36).

Los progresos del hombre interior no son efecto de leyes físicas. En las realidades impersonales, el crecimiento es debido a las fuerzas de la naturaleza; el hombre es una persona que evoluciona en la libertad, bajo la acción de la gracia que le llama.

29. 2 Cor 1, 22; 5, 5.

30. R. Guardini, *Les fins dernières*, 103s.

San Pablo confió inicialmente en un posible encuentro con Cristo en el que, sin tener que morir, sería transformado por él³¹. Pero he aquí que la muerte le ronda (2 Cor 1, 8-10); constata que es incluso deseable (Flp 1, 20-23), ya que por ella entrará en plena comunión con Cristo en una nueva forma de existencia corporal: «Sabemos que, si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre» (2 Cor 5, 1). El cuerpo, en su exterioridad terrestre, mantiene al hombre en el exilio: «Sabemos que mientras vivimos, estamos desterrados lejos del Señor». Por eso «preferimos desterrarnos lejos del cuerpo y vivir junto al Señor» (2 Cor 5, 6-8). En el momento en que el hábitat terrestre se derrumbe, se nos ofrece otro celeste (2 Cor 5, 1): «Dios mismo nos creó para eso y como garantía nos dio el Espíritu» (2 Cor 5, 5), este Espíritu que es fuerza de resurrección (Rom 8, 11).

Este texto es oscuro y claro a la vez en este punto: Pablo no piensa en una supervivencia con el alma separada. Espera ser *revestido* (2 Cor 5, 2s), desde la muerte, de una morada celestial. Es decir, que desde la muerte, es franqueada una etapa decisiva en el proceso de la resurrección. Ya en el bautismo el creyente *se ha revestido de Cristo* (Gál 3, 27); ha sido bautizado en un solo cuerpo, en el de Cristo (1 Cor 12, 13-27), ha entrado en comunión de muerte y de resurrección con Cristo, de suerte que Pablo puede decir: «Cristo vive en mí» (Gál 2, 20). La eucaristía refuerza la incorporación a Cristo (1 Cor 10, 16s). Habiendo sido revestido de Cristo, el creyente se reviste cada vez más de él (Rom 13, 14). Comienza a entrar en el Reino (Col 1, 13) que «ni la carne ni la sangre (el hombre en su existencia terrestre) pueden heredar» (1 Cor 15, 50). «Revestirse de Cristo», «reves-

31. 1 Tes 4, 15; 1 Cor 15, 51.

tir la morada celeste», son imágenes que no pueden engañar: no se trata de un revestimiento, el hombre es transformado desde su profundidad, en la que Cristo vive en él (Gál 2, 20) y es recreado en su verdad profunda.

Sin estar la resurrección en su estadio final, en la que san Pablo no cesa de creer (cf. Rom 8, 11-23)³², una nueva vida corporal se ha inaugurado a través de la muerte. Esta es una ruptura con la vida terrestre, no un empobrecimiento del hombre del que no subsistiría más que la mitad: un alma inmaterial. La ruptura se efectúa en una superación, en la que el hombre es más él mismo: «No muero, entro en la vida...»³³.

La resurrección final será el efecto de la parusía de Cristo, de la fuerza que emana del encuentro final³⁴. Según esto, el hombre encontrado por él en la muerte, es sometido desde ese momento al poder del Resucitado: como lo fue ya, en la tierra, en cada uno de los encuentros con Cristo, en el bautismo, en la eucaristía.

32. En los últimos decenios apareció una opinión teológica seductora, según la cual la resurrección *final* se realiza en la muerte de cada hombre. Este es el argumento: la supervivencia del hombre como alma separada es inadmisibile para una antropología que se diga seriamente bíblica. Además, cada hombre entra por la muerte en la eternidad, puesto que ningún tiempo le separa ya del fin de la historia. De esta manera los difuntos, a partir de su muerte, se hacen contemporáneos unos de otros, reunidos en la resurrección final y el juicio último

Ciertamente, la supervivencia del hombre como alma separada parece inadmisibile; se puede admitir una vida de resurrección que no es todavía la del final. Si es verdad que el tiempo terrestre es sobrepasado por el difunto, éste, sin embargo, no ha entrado en la eternidad absoluta. ¿Cómo sería eterno a la manera de Dios, el que ha comenzado a ser? No es pues impensable una duración celeste entre la muerte y la resurrección final. Sigue siendo posible una última glorificación, al final de la historia.

33. Santa Teresa de Lisieux, *Lettre 244*, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 601.

34. Col 3, 4; 1 Tes 4, 16; 1 Jn 3, 2.

A pesar del pecado, el plan de Dios es creador, no avanza escalonadamente, como si el hombre comenzara por ser creado en su totalidad, después se resquebrajara en la muerte, para sobrevivir en una parte de sí mismo y finalmente ¡reencontrarse de nuevo por entero! El plan de Dios para el hombre es creador. Es este un ser-para-la-muerte y *muere hacia su resurrección*. Como Jesús que murió para resucitar (Jn 10, 17).

La Iglesia invoca a los santos del cielo. No se dirige a ellos como a seres en los que no subsistiría más que la mitad, faltos de un elemento esencial de su humanidad. Sino que es a su persona, en la totalidad de su ser humano, a la que se dirige la oración. En este punto, la Iglesia asimila su invocación a la que presenta a la santa Madre de Cristo, cuya glorificación es integral. Los demás santos todavía esperan la resurrección total; es a ellos, sin embargo, personas verdaderamente humanas, a quienes la Iglesia venera. Según esto, la fe y la oración están sometidas a una misma ley³⁵.

La resurrección final

Llegará el día del triunfo de Cristo, «el de su manifestación. Entonces será el fin» (1 Cor 15, 23s). Desde los orígenes la Iglesia cree en una manifestación de Cristo al final de la historia, en la que se impondrá la fuerza de su resurrección (Flp 3, 20s). «Cuando se manifieste seremos semejantes a él» (1 Jn 3, 2).

Pero, ¿cómo imaginarse la resurrección final? La Escritura habla frecuentemente con un lenguaje de imágenes que

35. *Lex orandi, lex credendi*: la ley de la oración establece la de la fe. Cf. DS 246. Si es verdad que «el alma de Pedro no es Pedro mismo» y si la teología no debe contradecir la oración de la Iglesia, ¿se puede hablar de la supervivencia de los santos como almas separadas?

no debe ser tomado a la letra. «El mismo, el Señor, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán» (1 Tes 4, 16). A veces habla en paradojas: «Llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán» (Jn 5, 25). La resurrección es futura —«la hora vendrá, vivirán»— y se realiza «ahora». La paradoja en la que dos contrarios se afirman, es una manera de expresar el misterio que los conceptos no logran interpretar. ¿Quién dirá lo que la última intervención añadirá a la existencia celeste de la que ya se benefician los que *han muerto en Jesús*? (1 Tes 4, 14). La resurrección final constituye la culminación de la obra de la creación: ¿quién puede imaginarse «lo que ni el ojo vio ni el oído oyó... lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2, 9), lo que todavía no ha ocurrido? «Aún no se ha manifestado lo que seremos» (1 Jn 3, 2). Por tanto, ¿cómo imaginárselo?

La resurrección, aunque real desde la muerte, sin embargo no está acabada todavía: «Aguardamos la dicha que esperamos, la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro» (Tit 2, 13)

Para mí que estoy en la tierra, la resurrección de mis seres queridos no ha tenido lugar en su muerte. De ésta no he percibido más que las apariencias, he visto en ella un mal. Es necesario que me sean devueltos para que a mis ojos estén resucitados.

Para ellos tampoco se ha completado la resurrección. Su relación con los amigos de la tierra es imperfecta: Dios les permite velar por ellos, pero en secreto. La salvación de estos amigos no se ha realizado todavía, salvación que es también la suya gracias a la amistad que les une entre sí. Además, esta amistad se extiende de ahora en adelante a todos los hombres de la tierra, por el amor universal que en el cielo ha invadido su corazón. Los mejores cristianos se

han sentido torturados en la tierra por el deseo de ver a toda la humanidad salvada. Mientras este deseo no sea escuchado, la alegría de la que habla Jn 16, 24, no es perfecta: «Aquel día pediréis... y recibiréis y vuestra alegría será perfecta»³⁶. Una santa moderna ha asegurado que su dicha no será completa hasta el último día: «Si Dios escucha mis deseos, mi cielo lo pasaré en la tierra, hasta el fin del mundo. Sí, quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra. No puedo celebrar una fiesta gozando, no quiero descansar mientras haya almas que salvar... Pero cuando el ángel diga 'el tiempo ha terminado', entonces descansaré, podré gozar porque el número de los elegidos estará completo»³⁷.

Así pues, ni de un lado ni de otro, está establecida la relación total entre el cielo y la tierra. Según esto la felicidad está en la relación. San Juan lo dice (1 Jn 1, 3). La felicidad de cada uno está condicionada a la de todos. La fiesta del cielo no puede tocar a su fin mientras la construcción del cielo esté inacabada: Juntos «estaremos siempre con el

36. «Tampoco los apóstoles han recibido todavía su alegría: aguardan a que yo llegue y participe de ella. Como tampoco los santos que nos dejan reciben inmediatamente la plena recompensa de sus méritos; nos esperan también aunque tardemos o nos entretengamos. Porque no tienen la alegría perfecta mientras se afligen con nuestros extravíos y lloran por nuestros pecados. Este misterio (de la bienaventuranza perfecta) se guardará hasta el último día, y el juicio se aplazará hasta entonces. Porque hay un solo cuerpo que aguarda a ser justificado; un solo cuerpo del que se dice que resucitará en el día del juicio; porque aunque hay muchos miembros, hay un solo cuerpo; el ojo no le puede decir a la mano 'no eres necesaria'. Incluso si el ojo está sano y sin problemas de vista, desde el momento en que otros miembros le faltan, ¿cuál será su alegría?... Así pues, tú tendrás la alegría cuando dejes esta vida, si has sido santo. Pero tu alegría no será plena mientras le falte algún miembro a tu cuerpo». Orígenes, *Homilía 7 sobre el Levítico*, 2: CCS (Baehrens), citado por H. de Lubac, *Catholicisme*, Paris 1983, 358-360.

37. Santa Teresa de Lisieux, *Derniers Entretiens*, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 1050.

Señor» (1 Tes 4, 17); «quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar *con vosotros*» (2 Cor 4, 14). Los santos del cielo esperan con impaciencia que llegue el día (Ap 6, 9-11)³⁸.

No sólo la alegría de los santos no es perfecta mientras el número esté incompleto, sino que su propia salvación está inacabada. «Aguardamos la plena condición de hijos, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8, 23). El hombre llegará a su plena humanidad con la humanidad entera.

Mientras esperamos, el concierto celeste se prepara. La asamblea se constituye poco a poco, se afinan los instrumentos, ejercitándose en lo que corresponde a cada uno. Llegará por fin el día en el que el director de orquesta se alce sobre el mundo, en el que Cristo se manifieste tal cual es (cf. 1 Jn 3, 2), y marque el comienzo de la sinfonía universal.

La Iglesia católica profesa que la madre de Cristo ha accedido, desde el final de su vida, a la plenitud de la salvación, porque ha sido asociada a Cristo según la plenitud de la gracia concedida a la Iglesia. Es su síntesis: el misterio de la Iglesia, en toda su historia, se encuentra resumido y personalizado en ella.

Desde el comienzo de la humanidad hubo una Iglesia del Hijo de Dios, la de la primera alianza. Se describe en Ap 12, 1-5 como una mujer cuyo seno está sembrado desde los orígenes por la promesa mesiánica³⁹. Por su carne, está unida al cuerpo de Cristo futuro, del que es su madre según la

38. Es verdad que el horizonte de pensamiento es diferente en Ap 6, 9-11. Estos santos piden que se les haga justicia frente a sus perseguidores. Dios les recomienda esperar a que «sus compañeros de servicio» estén al completo.

39. Frente a la mujer encinta está (Ap 12, 4) *la serpiente antigua* (Ap 12, 9), la del paraíso, de quien se dice que Dios pone enemistad entre ella y la mujer (Gén 3, 15).

carne. Esta Iglesia primera, cristiana por su maternidad futura, alcanza su culminación en María.

En la fase definitiva de la alianza, la Iglesia está de nuevo unida al cuerpo de Cristo, pero según el Espíritu santo, en la comunión con su muerte y su resurrección. En esta comunión se salva y es madre de los hombres para su salvación. Al final de la historia, llega a la culminación de su salvación y de su maternidad respecto a los hombres, en la resurrección de los muertos.

«Junto a la cruz de Jesús estaba su madre» (Jn 19, 25): «la Iglesia vertical»⁴⁰ estaba de pie junto a la cruz. María estaba allí en tanto que madre. Israel, la nación maternal, está presente en el Calvario, fiel a Dios en la persona de María. Está también presente la Iglesia del último testamento, que comulga en la muerte de Jesús y comparte su gloriosa fecundidad (Jn 12, 24): «Mujer, he ahí a tu hijo» (Jn 19, 26). En esta hora en la que Jesús pasa de la carne al Espíritu, la Iglesia de los dos testamentos está unida a Cristo en la persona de María y pasa de un testamento al otro. La gracia eclesial se da totalmente a esta mujer: su salvación personal plena, lo mismo que su maternidad.

Todo el papel de la Iglesia que fue el de ser madre de Cristo según la carne, después su asociada y la madre de los fieles, se encuentra así resumido en María. Ella ha recorrido toda la trayectoria, en ella se condensa la larga historia, desde el primer instante de la Iglesia con el que coincide el comienzo de la vida de María, en que Dios dice: «Pongo enemistad entre ti (la serpiente) y la mujer», hasta la glorificación final de la Iglesia, a la que María llega al término de su vida⁴¹.

40. P. Claudel, *Stabat Mater*, en *Oeuvres poétiques*, Paris 1967, 590. La exégesis reconoce cada vez más que, en el pensamiento del evangelista, «la madre de Jesús», «la mujer», es la representante de la Iglesia.

41. Me permito remitir a mis estudios sobre el tema María y la Iglesia: *Connaissance de Marie*: Masses Ouvrières 119 (1956) 5-27; *En Cristo Redentor*, Barcelona 1963; *María, meditación ante el Icono*, Madrid 1990.

Sólo en Jesús y su madre, el misterio de la resurrección está plenamente realizado. En Cristo como fuente para todos, en María como plenitud rebosante. Sólo en ellos, el tiempo de la salvación ha llegado a su cenit. Los hombres están en camino; Cristo y María ya no lo están: ponen en camino atrayendo hacia su plenitud. Sólo están en camino en los otros.

Fuera pues del caso privilegiado de María, nadie llega desde la muerte a la resurrección total. Aunque decisiva, la glorificación a través de la muerte, no es más que la última etapa antes del final.

Naturaleza del cuerpo resucitado

San Pablo pregunta: «¿Cómo resucitan los muertos? ¿qué clase de cuerpo traerán?» (1 Cor 15, 35). Sin suprimir el misterio, su respuesta aporta luces. El hombre no es reenviado a su vida anterior, la resurrección no es la reanimación de un cadáver, una vuelta a la unión de dos sustancias que la muerte habría separado, una corporal, otra espiritual. La muerte a la que el hombre está destinado por creación lo ha marcado con su sello: con Cristo, él «ha muerto de una vez para siempre» (Rom 6, 10). La muerte ha producido efectos bienhechores, que la resurrección no anula, en aquellos que han muerto en el Señor: «¡Necio! Lo que tú siembras no recibe vida si antes no muere. Y al sembrar, no siembras lo mismo (la planta) que va a brotar después, sino un simple grano de trigo, por ejemplo, o de otra planta» (1 Cor 15, 36-37). Dios salva siempre al hombre sobre-creándole; al final, lo lleva a una plenitud todavía desconocida. El trigo que crece difiere del grano que muere (cf. 1 Cor 15, 36), del que procede. Lo mismo ocurre con el hombre en su resurrección.

¿Qué quedará en la eternidad, de lo que es este hombre en la tierra? La carne y la sangre no pueden heredar *el reino*

de Dios (1 Cor 15, 50): el hombre resucita en su ser relacional, en lo que constituye su dignidad de persona. No revivirá en lo que no puede ser asumido en el Espíritu santo, que es el poder de la resurrección y que es comunión. Es así como en 1 Cor 6, 13s san Pablo distingue en el hombre las funciones de la nutrición y la sexualidad. Esta es de carácter relacional, concierne a la persona, eleva al orden moral y a la vida eterna: «La comida es para el estómago y el estómago para la comida, y además, Dios acabará con lo uno y con lo otro. Pero el cuerpo no es para la fornicación sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo. Dios, con su poder, resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros». Con toda la nobleza de su naturaleza corporal relacional, el hombre pertenece al mundo de la resurrección. La sexualidad también, es sobrepasada en sus funciones biológicas. Jesús lo dijo: «Los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección, no se casarán, pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios porque participan en la resurrección» (Lc 20, 35s).

Cristo es en su resurrección, la fuente y el modelo: «El transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sométerselo todo» (Flp 3, 21). Nos podemos hacer una idea de la naturaleza de los cuerpos resucitados, a la luz del «primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18).

De esta manera, según la afirmación central de Rom 8, 11, Dios resucitó a Jesús por el Espíritu santo. Lo resucitó por su poder (2 Cor 13, 4), que no es otro que el Espíritu santo. Y lo resucitó para su gloria (Rom 6, 4), que es el Espíritu santo⁴². Jesús es tomado por entero y transformado

42. Sobre el tema del Espíritu de fortaleza y de gloria, me permito remitir a mis dos libros: *La resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Barcelona 1965; *El Espíritu santo en la Iglesia*, Salamanca²1990.

por el Espíritu santo de su Padre: «En espíritu que da vida» (1 Cor 15, 45), un Cristo-espíritu (cf. 2 Cor 3, 17s).

En el Espíritu santo se concreta y personaliza todo lo que la teología afirma sobre los atributos de la naturaleza divina. Es la omnipotencia, él que es el Espíritu de fortaleza⁴³. Es la vida divina incorruptible, él que «es el Espíritu de vida» (Rom 8, 2). Es la gloria de Dios, «el Espíritu de gloria, el Espíritu de Dios» (1 Pe 4, 14). Dios es el santo, esta santidad está personificada en el que se llama «el Espíritu santo». Dios es amor, y el Espíritu es «el amor de Dios derramado en nuestros corazones» (Rom 5, 5). Dios es espíritu (Jn 4, 24), el Espíritu santo también lo es. Transformado por el Espíritu santo, Jesús es elevado en todo su ser humano al nivel de Dios, viviendo el modo de ser de su Padre, *este hombre es plenamente Dios*.

Lo es en tanto que Hijo. La resurrección es la obra de Dios en su paternidad, es divino engendramiento, la consagración de la filiación de Jesús. Según Hech 13, 33, Dios pronuncia en este instante la palabra eterna: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy». El Espíritu en el que Dios resucita a Jesús, es la fuerza en la que engendra a su Hijo⁴⁴. Jesús es «constituido Hijo de Dios con pleno poder por su resurrección de la muerte» (Rom 1, 4). De esta manera se despliega el misterio de Jesús tal como se enuncia en Lc 1, 35: «El Espíritu santo vendrá sobre ti (María), y la fuerza (que es el Espíritu) del Altísimo te cubrirá con su sombra⁴⁵. Por eso el Santo que va a nacer (consagrado en

43. Entre otros textos: Lc 1, 35; 24, 49; Hech 1, 8.

44. Me permito remitir a mis obras: *El Espíritu santo en la Iglesia*, Salamanca ²1990; *Nuestro Padre, Dios en su misterio*, Salamanca ²1992; *El Espíritu del Padre y del Hijo*, Madrid 1990.

45. Evocación de la nube luminosa de la que habla la Biblia y que es la gloria de Dios.

el misterio de Dios)⁴⁶ se llamará Hijo de Dios». La resurrección de Jesús en el Espíritu santo es, para Jesús, la consagración tanto de su divinidad como de su filiación: es un hombre divinamente engendrado. «El transformará nuestra condición humilde» según este modelo, haciéndole participar de su divina filiación.

San Pablo caracteriza así al hombre resucitado: «Se siembra algo corruptible, resucita incorruptible; se siembra algo miserable, resucita glorioso; se siembra algo débil, resucita fuerte; se siembra, un cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 42-44). Todas estas cualidades son de orden celeste, propias de seres que viven de Dios. La incorrupción es la de la vida inmortal de Dios. La gloria es la de Dios «reflejada en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6). La fuerza es la del señorío del Resucitado, «el poder extraordinario» de Dios (2 Cor 4, 7).

Todo se resume en la última frase: «Sembrado cuerpo psíquico⁴⁷, se resucita cuerpo espiritual». El hombre tomado de la tierra (Gén 2, 7), Adán el terreno, es sembrado en la tierra y resucita celeste, transformado en el Espíritu santo que es la realidad de lo alto, la vida incorruptible de Dios, su fuerza y su gloria. El hombre es elevado al modo de ser de Dios, es *divinizado*.

Esta gracia es dada por la paternidad de Dios en relación con Cristo, *ella filializa al hombre*. La resurrección es la plenitud del nacimiento: «Esperamos la plena condición de hijos, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8, 23). El Espíritu santo es la fuerza de Dios en su paternidad, divino poder

46. La TOB (Traducción Ecuménica de la Biblia) dice aquí: «Este término (santo), que marca la pertenencia exclusiva a Dios, es una de las expresiones más antiguas de la divinidad de Jesús». Cf. Lc 4, 24; Jn 6, 69; Hech 3, 14; 4, 27.30.

47. Este texto se refiere al relato de la creación del primer hombre como se narra en la Biblia de los Setenta

de engendramiento. Resucitándole, Dios engendra al hombre, haciéndole *coheredero* (Rom 8, 17) del Reino que *la carne y la sangre no pueden heredar* (1 Cor 15, 50).

El hombre entra en la «libertad gloriosa de los hijos de Dios» (cf. Rom 8, 21). «Son hijos de Dios, dice Jesús, porque son hijos de la resurrección» (Lc 20, 36).

Así se remata la obra de Dios que crea al hombre a su imagen, en el misterio del Unico, «imagen de Dios invisible» (Col 1, 15).

«Cuerpo espiritual», es una fórmula paradójica. La realidad material se transforma según el modo de ser del Espíritu de Dios⁴⁸. Ya en Cristo se manifiesta una sorprendente afinidad entre el Espíritu santo y la materia. «La Palabra se hizo carne... y hemos contemplado su gloria» (Jn 1, 14): en la carne se manifiesta la gloria de Jesús que es el esplendor del Espíritu de divina filiación. *Del seno* de Jesús, de su ser material, manan los ríos del agua viva del Espíritu (Jn 7, 37-39). Jesús sube junto al Padre en su cuerpo de hombre, para que el don del Espíritu pueda brotar de su cuerpo (cf. Jn 7, 37; 16, 7). El agua, símbolo del Espíritu de lo alto (cf. Jn 3, 3-5), mana del costado de Jesús junto con la sangre: mana de su cuerpo inmolado. Extraña afinidad entre el Espíritu y el cuerpo, que supone, para la materia, la posibilidad de ser ¡elevada por Dios hasta la comunión con Dios!⁴⁹.

48. «Esto quiere decir que sean las que sean las precisiones sobre el mundo de la resurrección, son inconcebibles... No podemos hacernos ninguna idea de ese mundo, y además no es necesario. Es preciso renunciar definitivamente a tales tentativas... Una yuxtaposición eterna, sin relación y por ende estática, del mundo material y del mundo espiritual es contraria a la significación esencial de la historia, a la creación de Dios y a la palabra de la Biblia» (J. Ratzinger, *La mort et l'au-delà*, Paris 1979, 209).

49. Sin duda nuestra razón encuentra un punto de referencia en las ciencias actuales, según las cuales la materia es energía. Así Espíritu y materia convergen en cierta manera, porque el Espíritu es la energía

Según nuestra forma de pensar, materia y espíritu se contradicen, por eso no podemos imaginarnos lo que será el hombre en su resurrección. Resucitado en el Espíritu, será no obstante lo que era en la tierra: una persona corporal que existe en sí mismo y en relación. Pero lo será en plenitud.

Así fue para Jesús en su resurrección. Su identidad es afirmada con una fuerza desconocida hasta ahora en la tierra. En otro tiempo *parecía no ser más que un hombre* (cf. Flp 2, 7), «nacido de la estirpe de David en cuanto hombre» (Rom 1, 3). Ahora, «constituido Hijo de Dios, con pleno poder, por su resurrección de la muerte» (Rom 1, 4). Llegado a ser él mismo, él *es* todo relación. Antes, encerrado en los límites de la existencia terrestre, enviado únicamente a la casa de Israel (Mt 15, 24), es desde ahora, universal, entregado sin límites, entregado al mundo entero.

Todo esto es obra del Padre que en el Espíritu santo confiere al Hijo su identidad. El Espíritu es principio de personalización. En el Espíritu santo Dios es la persona paterna, pues engendra en el Espíritu. Jesús es la persona filial en el Espíritu: nacido Hijo de Dios en el Espíritu (Lc 1, 35), es conducido a la cima de su personalización filial al resucitar en el Espíritu santo (Rom 8, 11): *Soy yo* dice en su resurrección (cf. Lc 24, 39), más él que nunca. En su ser humano, entra en relación universal, es personalizado infinitamente, *convertido en espíritu vivificante* (1 Cor 15, 45), un ser «amorizado». Según esto, *como es él, así seremos* nosotros (cf. 1 Jn 4, 17).

Como en Cristo, el Espíritu juega un papel personalizador en la resurrección de los hombres⁵⁰. Bajo su acción la crea-

todopoderosa de Dios. A lo largo de la Biblia, Espíritu y fuerza son dos conceptos gemelos.

50. Con respecto al papel personalizador del Espíritu santo, me permito remitir a mis dos obras: *El Espíritu santo en la Iglesia*, Salamanca ²1990; *Nuestro Padre, Dios en su misterio*, Salamanca ²1992.

ción evolucionó gradualmente hasta esta culminación que es la persona humana. El hombre llega a su plenitud personal resucitando «cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 44). Recibe *un nombre nuevo*⁵¹, el de su total identidad por fin encontrada, un nombre precioso del que estará orgulloso, en el que se reconocerá hijo de Dios (cf. Rom 8, 23). Así las riquezas relacionales se despliegan: llegado a ser *cuerpo espiritual*, el hombre es amorizado, es en relación.

Desde que hay vida en la tierra, el cuerpo es mediador de la relación, pero de forma deficiente. Soy cuerpo a la vez que tengo un cuerpo. Como el tener es una imperfección del ser, que se *tenga* cuerpo es signo de precariedad, de encerramiento en sí mismo, una traba a la libertad. Mi cuerpo no está totalmente asumido por mi yo, por mi persona que es relacional por naturaleza. Más que revelar, vela a la persona, la separa más que la une. Según la Biblia, la condición del hombre terrestre es ser «carne», esta carne que se caracteriza por la debilidad y el repliegue sobre sí misma. Cuando el hombre llega a ser «cuerpo espiritual», santificado en el Espíritu de amor y de comunión, ha llegado a su plenitud de persona corporal.

El don total de sí llega a ser posible gracias a la total acogida del otro. El hombre se conoce y puede hacerse conocer en total transparencia, mejor de lo que el rostro más bello sabría hacerlo en la tierra. Es liberado del mal de estar solo, y de los límites en los que se ahogaba su deseo de infinito. La resurrección de los cuerpos es el misterio de la intimidad recíproca hecha posible en la donación mutua. Realiza la comunión de los santos en su extrema verdad.

Esta espiritualización será sin duda diferente en cada uno según *el tesoro de gloria* (2 Cor 4, 17) acumulado *en su*

51. Ap 2, 17. Según Ap 3, 12; 19, 12s, también Cristo recibió un nombre nuevo en su resurrección.

cuerpo (cf. 2 Cor 5, 10) durante su vida terrestre, en la que se constituye la herencia genética del nacimiento a la eternidad.

Comunión es la palabra clave para expresar el misterio de la salvación porque éste tiene su fuente en la comunión trinitaria y desemboca en ella.

Entre la persona humana y la materialidad que le caracteriza se establece una nueva relación: el hombre resucita a partir de su propia cumbre, se construye desde su persona.

A lo largo de milenios, la materia en su evolución ha sido elevada por la acción del Espíritu a la dignidad de persona. Pero desde entonces el hombre evoluciona en su persona, trabajado por el Espíritu: llega hasta una última génesis colaborando libremente con Dios, transformado en cuerpo espiritual desde su yo. Se deja crear como hombre nuevo a través de su libertad. Así fue también para Jesús, que fue *exaltado soberanamente* en su *obediencia hasta la muerte* (Flp 2, 8s), resucitado a partir de su ser filial y por tanto en la culminación de sí mismo: «Dios lo ha resucitado como está escrito en el salmo 2: 'Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy'» (Hech 13, 33). Los hombres resucitan también desde su persona filial: nacen de Dios. «Aguardamos la filiación, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8, 23).

Por tanto, la resurrección no es la reconstitución del hombre terrestre, sino el final de una obra de creación, el nacimiento del hombre en su plenitud. El cuerpo no se reconstruye a partir de las células de que se componía en la tierra, que se dispersaron y que Dios volvería a reunir. *El hombre acaba de nacer a partir de lo que, en la muerte, ya se ha ido hacia Dios*⁵².

52. De donde la inanidad de la objeción: ¿cómo podrían resucitar los cuerpos cuyas moléculas se dispersaron durante la vida terrestre y después de la muerte, y fueron asimiladas por otros seres vivos?

En suma, la resurrección de los muertos tiene su fuente allí donde la creación y la divinización del hombre empiezan: en el misterio del Hijo. Ella cosecha el *fruto abundante* que contiene *el grano de trigo caído en tierra* (Jn 12, 24): el Hijo que el Padre engendra en el corazón del mundo.

La resonancia en la naturaleza

San Pablo escucha una queja que sube de la creación y que se apaciguará el día en el que el hombre sea glorificado: «La creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios. Ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo»⁵³ (Rom 8, 19-23).

No se puede condenar la práctica de la incineración en nombre de la fe en la resurrección de los muertos: ésta no consiste en reconstruir el cuerpo reuniendo las moléculas de que estaba compuesto. Sin embargo, la sepultura expresa mejor, por su simbolismo, la fe en la resurrección, semejante a la de un grano de trigo sembrado en la tierra.

53. Según los mejores comentarios, no se trata en este texto de una transformación física del universo. Según el contexto, la esperanza de la creación viene a confirmar la certeza de los creyentes en su glorificación, después de los sufrimientos del tiempo presente; ésta no se dirige a su propia glorificación, sino a la de los hijos de Dios, cuya libertad se reflejará en ella. Ya el padre Lagrange, *Saint Paul, épître aux Romains*, Paris⁴ 1931, 300s, decía: «Del texto de Pablo no se puede sacar la conclusión de que (la naturaleza) será transformada en sí misma. Se diría casi que le bastará el cambio que se opera en el hombre».

Un destino único une al hombre y a la creación. El hombre vive de la tierra materna, respira y se alimenta en su seno, fuera del cual perecería. Ella, por su parte, nace en el hombre a la dignidad de persona. El universo no es un pedestal en el que el hombre tendría su lugar; es como una planta de la que el hombre sería la flor. Se deshonra a la planta cuando esta flor se marchita: en el hombre caído, la creación se desmocha.

Por esto, la creación aguarda con impaciente esperanza *la manifestación de los hijos de Dios*. Compartirá su *gloriosa libertad*, cuando ellos mismos hayan encontrado su libertad total. Pues también ella ha sido creada en y hacia Cristo, *primogénito de toda criatura* (Col 1, 15-17). Su lugar en el plan de Dios se describe así: «Todo (las realidades creadas) es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor 3, 23). También la naturaleza debe poder participar del misterio filial de Cristo, a través del hombre al que ella está subordinada.

Pero actualmente *la creación está todavía sometida a la frustración*, porque en el hombre pecador se ha roto el lazo que la unía a Cristo y a Dios. Una y otro están sometidos a la servidumbre: por su pecado el hombre no es la gloria de la creación y frecuentemente ejerce sobre ella una dominación abusiva; él mismo está sujeto a la naturaleza en la que vive, y si logra ponerla a su servicio es porque se somete a sus leyes⁵⁴. La servidumbre es recíproca pero todavía más grande por parte del hombre que en la muerte sucumbe a las leyes de la naturaleza.

Resucitando a los muertos Dios confirma lo que se dice en 1 Cor 3, 23, instaura el orden cósmico ideal. De ahora en adelante Cristo está sometido en todos sus miembros «al

54. Como lo notaba Bacon de Verulam (1561-1626), «el hombre no manda a la naturaleza más que obediéndola».

que le sometió todo» (1 Cor 15, 28), y *todo está sometido a Cristo* (1 Cor 15, 27), y todo está sometido al hombre, conforme a su vocación de dominar sobre todas las cosas⁵⁵: participa del señorío de Cristo. En cuanto a la naturaleza, también se encuentra liberada y santificada: en su unión al hombre por fin libre, participa en «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8, 21).

Cristo glorioso es el fundamento de este orden cósmico. Estuvo sometido a múltiples causas segundas que dirigen la existencia terrestre y conducen a la muerte: «Tomó la condición de esclavo» (Flp 2, 7). Pero en la gloria no vive más que del Padre que lo engendra. Su relación con el mundo se invierte: antes sometido a sus leyes, ha llegado a ser su Señor. Culminación de la creación, es también su fundamento, compartiendo la fuerza creadora del Padre: «El es anterior a todo y todo se mantiene en él» (Col 1, 17). Los hombres son *coherederos de Cristo* (Rom 8, 17). Antes se alimentaban del seno de la naturaleza; ésta existe ahora a partir del Señor y de los que han llegado a ser su cuerpo.

Hombre en comunión universal, tal es el hombre en su resurrección final. Esta comunión supone un enriquecimiento inaudito, de la persona corporal que es el hombre, por la fuerza del Espíritu.

Todas las preguntas que se hacen sobre el dogma de la resurrección de los muertos tienen su respuesta en Cristo resucitado. Pero la resurrección de Jesús es un misterio, el más profundo: el de un hombre que Dios, en su paternidad, engendra en el poder infinito del Espíritu santo. ¡La resurrección de Cristo es por tanto, el misterio de la Trinidad ahondado por el de la encarnación!

¡La resurrección de los muertos tiene su explicación en un misterio insondable!

55. Gén 1, 28; Sal 8, 7.

Después de esta larga reflexión sobre la resurrección, hay que decir con Job: «Me siento pequeño, me taparé la boca con la mano (40, 4)... ¡Sí!, hablé de grandezas que no entendía, de maravillas que superan mi comprensión» (42, 3).

El cristiano cree en la resurrección de Jesús, que también es la de los muertos. Siendo ya desde ahora cuerpos de Cristo resucitado (1 Cor 12, 27), espera que en este mismo Cristo, Dios lo llevará a su plenitud de persona corporal, más allá de lo que ha vivido en la tierra. Celebra la eucaristía y escucha la palabra: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna» (Jn 6, 54).

Cree. Aunque no haya nada tan misterioso como la resurrección de Cristo.